

CARTAS DE MUJERES

¡ Buena idea has tenido en pedir luces á mi experiencia para guiarte en el paso arriesgadísimo que vas á dar muy pronto! Sólo el ser yo, como dices, y como creí siempre, tu mejor amiga, justifica tu pretensión. Sobre asunto tan importante y tan decisivo como el matrimonio, la experiencia y la opinión particular de una persona, así fuese la cordura y la sabiduría misma, no significan nada. Bien sabes que cada cual habla de la feria según le va en ella, y por mi parte sólo podría pronosticarte venturas, si dos años de matrimonio fuesen caución suficiente para lo venidero. Muy pobre es mi experiencia; como no me costó pena alguna adquirirla, que es libro tan difícil el suyo, que de sus letras bien puede decirse que sólo entran con sangre. Pero tu carta me ha hecho reflexionar sobre muchas cosas que, si recogidas al paso, estaban confundidas y desaprovechadas en mis recuerdos, ahora, conforme las saco á luz y las considero, hallo no poco provecho y advertencia en ellas.

En primer lugar, y aunque al decírtelo pierdas la seguridad mayor de tu acierto, debo advertirte, y lo

afirmo con tal aplomo, porque es donde hallo mi experiencia más autorizada, que por mucho que creas conocer á tu futuro, así vuestro trato haya sido tan profundo y tan íntimo como lo permiten relaciones amorosas prolongadas, te casarás sin conocerle. Más aún: te casarás con un hombre distinto por completo del que has conocido. No lo tomes á broma. Ya ves si yo creería conocer á mi esposo cuando nos casamos; cuatro años de relaciones; nuestras familias conocidas de toda la vida; pues nada, al día siguiente de mi boda, ¿querrás creerlo? aquel hombre era otro hombre. Hasta en su voz había otras inflexiones; hasta su cara me parecía la de un extraño. Y ya comprenderás que si desde el primer día fué modelo de esposos, no fué la causa de tal apariencia desilusión alguna de parte suya ó mía. Matrimonios habrá trazados por interés ó conveniencia, ó por una pasión arrebatada, en los que tenga un cambio tal motivos racionales; pero en mi caso era ilógico, absurdo, ridículo. Ridículo, sí. Figúrate, yo tan habladora, que durante nuestras relaciones no dejaría la palabra ó la pluma, ni la mitad de las horas del día, contando las del sueño, y aun soñaba á veces, verme callada como una muerta, mirando como tonta á mi marido, sin saber ni encontrar qué decirle... De recordarlo me río yo sola.

Quisiera yo explicarme entonces, y á mi vez explicarte ahora, la causa de mi situación, á mi entender tan inverosímil; y al cabo de pensar y meditar sobre ello, deduzco que mi caso es lo más natural y

generalísimo á cuantas en mis condiciones se casan. Si tus amores (y pondría las manos en el fuego por asegurarlo) han sido como los míos, suma de honestidad y respeto, es indudable que sólo conoces de tu novio... ¿cómo diré yo?... (Perdona los tachones, pero no quiero olvidar que todavía estás soltera y sin pensarlo me he metido en terreno resbaladizo.) Sólo conoces de él, decía, al hombre social. No sé si me explico, pero bien quiero que me entiendas. Digo al hombre social, al hombre vestido en oposición al hombre primitivo, al... (Hay que soltarlo, no hay remedio.) al hombre desnudo. (Estoy sofocadísima; aquí rompería la carta, si mi vanidad no la juzgase digna de figurar en antologías y epistolarios para gloria de esta madame de Sevigné, española.) Vela mi concepto atrevido ampliando su significado y supón que la desnudez y la vestidura se refieren á lo espiritual y son imagen de la educación y respetos sociales opuestos á los naturales y primitivos instintos del hombre. (Salgo de este parrafito desorientada.) Vuelvo á mi tema. Quedamos, pues, en que de la noche á la mañana, el hombre á quien no conocías sino, digámoslo así, por el forro, y toma también esto del forro en sentido espiritual, si te parece: aquel hombre, más que de carne y hueso, formado en tu idea, de sus prendas de sastrería, á quien desde luego conoces mejor por la manera de llevar el frac ó por la hechura de su levita, que por sus señas corporales; aquel hombre, que no había tenido contigo más expansión de la permitida en so-

ciudad, á quien, si en absoluta confianza, sólo has visto y tratado de visita, se te presenta de pronto en la intimidad de su vida y de sus costumbres. Y á mi cuenta, sin percibir cuanto nos choca su nuevo aspecto. Sólo le has visto sentarse, pasear, bailar, saludar, tomar una taza de te ó un helado, como á todo el mundo, con más ó menos finura, pero con ese matiz descolorido que es el uniforme de la educación en sociedad; y ahora le ves comer sin ceremonias y tumbarse en los muebles y acostarse y levantarse y vestirse y quitarse las botas... Recuerdo este detalle por el efecto que me hizo... Y no lo dudes, como, según dicen, las actitudes del cuerpo determinan á veces el estado del pensamiento á tal punto que, así esté más alborotado y levantisco tu espíritu, si juntas las manos y bajas los ojos en actitud de plegaria, concluyes por amoldar el pensamiento á su expresión anticipada; así, las nuevas actitudes de tu señor marido determinan expresiones conformes con ellas, y de aquí un nuevo modo de ser que te extraña, te desconcierta y te haría, si no te dominases, llamarte á engaño y pedir el divorcio por sustitución de persona. Tanto más, cuanto por su parte, y aunque los hombres no son muy avisados, tu marido ha de notar en ti el mismo cambio. Con estos precedentes, bien estará que desbarates la imagen risueña de esa luna de miel, tan ponderada por los solteros ó por casados desdichadísimos que no hallaron después cosa mejor que recordar de su matrimonio. De mí sé decirte que no he pasado ra-

tos peores en mi vida. La alteración en las costumbres, el temor á cada paso de algún desacierto en el manejo de la casa, temor de que no te alivian ni las alabanzas cariñosas de tu marido, porque las juzgas mera galantería y á veces, según tu conciencia, burlas disimuladas; todo, en fin, me tenía en una situación tan violenta, en una tensión de nervios y de espíritu, que si procuraba hacerme superior por no disgustar á mi marido, apenas sola, ya me tenías llorando sin consuelo, y sin poder precisar la causa de mi llanto. Y era fácil de comprender también la contrariedad en mi esposo. Aunque las relaciones amorosas, á modo de prisión preventiva, hayan acostumbrado al hombre á la pérdida de su libertad, todavía las conveniencias sociales le dejan libre y lejos de ti algún tiempo. Pero maldijo por ello tantas veces y tantas veces perjuró desquitarse de aquel tiempo, no separándose de ti nunca, que, claro está, por lo menos en los primeros días de matrimonio, se ve comprometido á mantener su palabra imprudente y no acierta á separarse de ti; y si él no se atreve á decirte por no darte un disgusto: "Vaya, hijita, la vida es muy larga; hay tiempo para todo. Voy á dar una vueltecita, y siquiera traeré algo que contarte." ¿Cómo serás tú la primera en proponérselo, así comprendas que rabia por ello, cuando á su vez puede juzgarlo indicio de indiferencia ó falta de cariño? Nada, hay que aburrir y aburrirse á sabiendas. En eso estriba la felicidad de la luna de miel. Si no temiera asustarte, sentaría este axioma: La

Luna de miel es el peligro mayor del matrimonio. De cien matrimonios desgraciados, noventa y nueve lo son por haber tomado en serio la luna de miel. No te encareceré bastante la supresión, ó abreviatura por lo menos, de esa especie de sinfonía del matrimonio, que no armoniza con el resto de la obra y suele terminar con una discordancia. Al día siguiente de la boda iniciarás una vida normal, ordinaria. Al levantarte, en vez de prolongar un dúo fatigoso, dirigirás las faenas de la casa y no impedirás á tu marido la asistencia á sus obligaciones, ni siquiera la lectura acostumbrada de sus periódicos. Si quieres que el dulce astro luzca por siempre en el horizonte de tu matrimonio, ten en cuenta que la miel es manjar indigesto; no te atiforres como glotona, toma sólo en raciones pequeñas lo que baste á sazonar el pan nuestro de cada día. Los amorcillos juguetones, cortejo del noviazgo, deben retirarse apenas Himeneo enciende su antorcha sagrada. Contradigo aquí á muchos que, según textos de comedias y cuentecillos franceses, tratan de aligerar la carga del matrimonio despojándole de toda gravedad y transcendencia, tomándolo con ayuda del divorcio, á modo de concubinato legal, de amorío pasajero y alegre. Aconsejan los tales el empleo de toda clase de especiería picante en el aderezo del para ellos desabridote guiso matrimonial. Creen así evitar el deseo curioso de las comidas fuera de casa. Como si la curiosidad y el apetito desordenados se contentasen nunca, y en el ramo de salsas picantes

no cupiera comparación y variedad entre cocineros distintos. Cuestión de estómagos es esta, varios como son varias las personas, y proponer á todos el mismo régimen alimenticio me parece desatino mayúsculo.

Absorta en la afluencia de mis ideas, fuí llenando carillas y carillas, y ahora que levantan un buen montón, abruman mi conciencia. Por fortuna mi esposo tiene franquicia postal; de otro modo fuera el envío de mi carta grave falta de economía doméstica. Y aún reparo en mil cosas que sin notar se quedan. Algo del arte diplomático, indispensable para desenvolverse en el matrimonio; algo de una coquetería virtuosa, suerte de paz armada, imponente, pero no tan ruinoso como la europea... y tantas otras menudencias que dejo para cuando ya estés casada y pueda hablarte con mayor libertad y desahogo.

33158

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Madre de mi alma, también yo soy madre! ¡Con cuánto orgullo escribo esta palabra que me iguala á ti, santa y adorada madre mía! Soy muy feliz; sólo me apena comunicarte por escrito mi alegría, cuando quisiera, para hacerla mayor, tenerte á mi lado y confundir tus besos con los del hijo de mi vida. ¡Te debo tantos, madre mía! Por todas las ingratitudes, por todo el despego con que habré pagado tu cariño, por todas las lágrimas que te hice verter, de rodillas te pido perdón, ahora que me estremezco al pensar en una ingratitud de este pedazo de mi vida, que es todo mío y sólo por mí vive. ¡Si fuera siempre así! ¡Si no necesitara para vivir más espacio que el de mis brazos ni más calor que el de mi pecho! Ahora comprendo lo que es ser madre; con llanto de alegría empecé esta carta, y sólo al pensar en un temor lejano lloro afligida. ¡Pero qué amor inmenso este de madre! Tan inmenso, que parece que el alma se agranda para contenerle. ¡Y cómo todos aquellos disgustillos y celeras de novia, que al confiártelos te habrán hecho sufrir muchas veces, me parecen ahora cosa de nada! No, mamá; ya no soy la

niña nerviosa, antojadiza; ya no me dan ataques ni desconfío de mi pobre Julián, que es muy bueno. No puedes figurarte sus atenciones y desvelos conmigo. No se ha separado un instante de mi lado, y en los momentos de peligro, tanto le abrumaba su desairada impunidad en mi sufrimiento, que con lágrimas en los ojos me prometió que por nada de este mundo quisiera verme de nuevo en aquel trance. Ahora me río y él también, porque el peligro está en el primero y ya, gracias á Dios, ha pasado.

Son muy bonitos los modelos de talmas y gorritas que enviaste. No te pido más por ahora, porque es un modo de crecer el de este hijo mío, que de un día á otro todo le está pequeño. Es una hermosura; ya conoce y se ríe. Ven muy pronto, mamá, en cuanto pase el frío, y será el día más feliz de mi vida. Julián te saluda y no me deja escribir más, porque aún estoy débil y teme que me haga daño. ¡Siempre tan cariñoso! El muy pícaro ha leído de reojo la florecilla y me la paga con un beso. ¡Qué mejor firma para una carta que es toda felicidad, madre adorada!

¡Mal hombre! ¡Más que mal hombre, que me veo por ti de esta manera y no eres para venir un día ni para mandar un recado, y ya sé que estás bueno; que te han visto de borrachera y de bullanga como siempre; que se necesita no tener corazón ni conciencia, pues nunca creí recibir este pago! Todos los días esperándote á la hora de la visita. Te mandé recado con la celadora, y tú, como si nada tuvieras que ver conmigo. Pues te aseguro que te has de acordar, que esa no es acción de persona humana, y la tengo clavada en el alma. Por ti me veo en este sitio y paso esta vergüenza. Bien tranquila vivía yo ganándome la vida honradamente, hasta que te conocí y me trajiste á este precipicio. Por ti soy ladrona, por ti estoy perdida y por ti vendré otra vez aquí, pero para ir al palo, porque ¡por la salud de mi madre! que te has de acordar. Ya no quiero pedirte favores, ni quiero que vengas, ni verte en mi vida. Otro que tú, andaría buscando empeños para ver de sacarme lo mejor posible. Ayer estuvo á verme el abogado, y ya sabes lo que es la curia; como una es pobre, no se toma interés ninguno. Parece un buen

señor, y si tú le hablaras y viera que hay quien dé la cara por mí, se tomaría más interés. Ya sabes que la Marciana me debe cerca de una onza y ahora puede muy bien dártela, que ha vuelto con el Quico y todo la sobra. A ver si no dejas de hacerlo, y vienes á decírmelo y á verme, y no hagas caso de lo que te dije antes, que ya sabes mi genio; pero es que me duele verte tan imparcial conmigo, cuando sabes que yo doy por ti la sangre de mis venas si llega el caso. Adiós; que no te olvides de eso ni de ésta que lo es tuya,

¡Qué trabajo, qué lucha me costó decidirme! Como tentación infernal, combatí mil veces con oraciones, las asechanzas de este maligno espíritu poético, que sutilmente se apoderaba de mí y por entero me poseía. Y no contento el traidorzuelo con revolver tempestades dentro de mí, enviando en oleadas del corazón á la cabeza sensaciones confusas, jirones de ideas, imágenes borrosas, pedíame con dominio irrefragable vida de mi vida, para dar forma fuera de mí, al caos revuelto, germen de un mundo que, con ansias de vida, agitaba todo mi ser, ya en palpitación angustiosa, ya en estremecimiento de alegría. Si hay en nosotros voluntad, con toda mi voluntad pretendí vencer. Si hay una fuerza irresistible, predestinación fatal ó ley divina, superior á la voluntad, ¿qué puedo contra ella? No lucho más, acepto mi destino. Humillada bajo mi triste condición, no rechazo ni su nombre afrentoso. ¡Soy poetisa!

Afrontando dudas y crueldades, recogí en mi libro cuanto desbordaba en mi alma. Te envió el primer ejemplar, á ti, única amiga mía que lo acogerá con piedad cariñosa. De viva imaginación y

cultura exquisita, sé que hay en ti una artista malograda. Por dicha tuya, no fué tu vocación imperiosa y Dios te permitió otro camino. Será en ti, el dón del Arte, un adorno, una gala prendida en tu hermosura; flor de árbol tan florido, que bien puede arrancarse una sin que la hermosura del árbol desmerezca. En mí, la triste flor es sola y arraigada tan hondo, que no es posible arrancarla sin descuajar de raíz el árbol. ¡Pobre libro mío! No le festejes con admiración regocijada, como á hijo bien nacido en alegría; acógele compasiva, como á hijo de pecado y de vergüenza. No es que reniegue de él; le engendré con amor y es algo muy mío. Pero ahora, al verlo delante de mí, trazado en letras que no son las mías, en arreo de marcha, por esos mundos, me parece que es menos mío, siento... lo que siente una madre al ver un hombre en el hijo que llevó en sus entrañas. Ya el amor de su madre no le basta, ni de él ha de vivir, ni por él puede nada; de otros dependen su dicha ó su desgracia. ¿Qué puede ya la madre? Abrir los brazos para acoger al hijo, cuando á sus brazos vuelva destrozado de las luchas del mundo, y abrazarle y decir: ¡Pobre hijo mío!

Considera cuánto ha de pasar éste y cuánto pasará yo de rechazo. Como anticipo, sufrí ya mil contrariedades. Mi padre no disimula su disgusto; mis hermanos, ó se burlan ó me reprenden; amigos y conocidos, unos abiertamente, otros con falsedades de cumplimiento, me muestran su sentir bien á las claras. No hay duda; soy para todos un bicho raro,

una calamidad que aflige á mi familia. Y me pregunto: ¿Tendrán razón, Dios mío? Cristiana soy, no dudo de mi libre albedrío; pero contra el impulso de cantar, nada puedo. Dios me ordena seguirle para mi gloria ó mi castigo. ¿Por qué se burlan, por qué me atormentan? Soy poetisa, como sería hermosa ó deforme en mi corporal hechura. Las almas tienen también su forma. Respetémosla, porque es hechura de Dios. ¡Y fundaran siquiera su menosprecio en la calidad de mi poesía! Pero si hasta ahora nadie pudo juzgarla. Por mi condición de mujer se engañan conmigo. Y, no sólo gente vulgar, que nada hay más intransigente que la ignorancia, sino personas cultísimas, de espíritu abierto y superiores miras, indulgentes en su filosofía, no ya con flaquezas humanas, sino con el pecado y aun con el crimen. ¡Triste inferioridad de la mujer, y qué esfuerzo y aliento sobrehumanos no supone la que, elevándose de ruindades y miserias, sigue impávida su camino, llega á la cumbre y desde allí domina... y perdona! *Fame is love disguised*, ha dicho Shelley. Para nosotras, la gloria no es amor, gracias que sea odio; que, al fin, si es contrapeso, es también la medida de nuestra gloria. Pero renombre y gloria amargadísimos, para preferirlos á la calma de una existencia ignorada. Para el hombre escritor, leído y admirado, el público es una prolongación de la familia. Para la mujer escritora, la familia misma es una parte del público, con entrada y puesto en su hogar. ¡Hermoso para el artista es hallar por el mundo desconocidos de quie-

nes no lo era y antes de verle le distinguían en su afecto! ¡Muy triste es hallar en las personas queridas dejos acerbos de la crítica del extraño!

Está echada mi suerte. No he de gozar yo privilegio de los que excelsas escritoras no gozaron. Fué una Santa Teresa, y todo un nuncio de Roma calificóla con desdeñoso enfado de femina inquieta y andariega, metida á escritora. Y si de otras menos excelsas me acuerdo, ¡qué de frases y epítetos más duros, desde el epigrama, afilado en sutil ingenio, á la grosera injuria! Críticos comedidos y enguantados, si de sentar la mano á cualquier escritor se trata, así sea el mayor zarramplín; tratándose de escritoras, dejan comedimientos y finuras á un lado, y como, según frasecilla hecha, puesto que pretendemos invadir el terreno propio del hombre, justo es considerarnos despojadas de femeniles prerrogativas, tanto se les olvida que somos mujeres, que concluyen por olvidar que ellos son hombres.

¡Si pudiéramos con segura firmeza no dejarnos influir de la crítica! Pero ¿qué artista es capaz de aislarse en sí propio, sin atender más juicio ni más crítica que los de sola su conciencia artística? ¿Quién no intenta ser admirado y comprendido una vez siquiera, así fuese preciso traicionar su entender y sentir del Arte? La crítica, creadora á su modo, ha hecho más de un artista y más de una obra de Arte; digna de admiración y respeto es entonces: no cuando, por sistema, oponiéndose á la natural expansión

de un espíritu artístico, original, particularísimo, tuerce y desorienta su natural impulso.

Pretender de un talento analítico, observador, que, dejándose de nimiedades, nos exprese en grandes síntesis simbólicas su pensamiento; de un talento abarcador, simbolista, capaz de condensar en una gota océanos de ideas que analice y desmenuce el suyo; que el poeta lírico, antes que de su alma, exprese las tristezas y anhelos de todas; que el humorista escéptico fije sus creencias y el creyente fervoroso, alguna vez apasionado, dude y vacile... es pretender que el rubio sea moreno, linfático el nervioso, triste el alegre, ó al contrario. Estudien en buen hora, y dígannos si saben por qué es el rubio rubio y no moreno, y si por serlo es mayor ó menor su belleza. Pero tomarla con el infeliz porque es rubio, imputárselo como delito y aconsejarle betunes para falsear la natural negrura, ¡eso no, por Dios Santo, señores críticos! Pues advierte cómo influirá en nosotras una crítica que principia por considerarnos caso de Teratología. Por consiguiente, no rezan ya con nosotras leyes universales de estética. De aquí apreciaciones caprichosas é injustas. Si antes que nada parece la mujer en nuestros escritos, son éstos ñoñerías sentimentales, literatura casera ó de colegio. Si revelamos un talento enérgico y varonil, ideas atrevidas y originales, á pelo viene lo de llamarnos andróginos, *bas bleus*, hombrunas y marimachos, según la cultura del crítico.

Perdona esta larga y fastidiosa epístola, mejor, prólogo íntimo de mi libro, dedicado á ti sola. Sé que puedo explayarme contigo, amiga del alma, noble corazón, artista y poeta de raza de los que dijo Byron: *Many are poets who have never penn'd their inspiration, and perchance the best.*

Mamá: tengo que decirte muchas cosas; por eso no te enfades si no te escribo en francés. De los bombones que me trajiste no me comí ni media docena. La buena madre los repartió de merienda entre todas las niñas. Estoy muy triste. Me ponen unas lecciones muy largas y todos los días nos dan pasas de postre. Yo me como los rabitos para tener memoria; pero con la Historia de Francia y de España me hago un burllo que estoy loca. El piano también es muy fastidioso, y la madre Galán tiene muy mal genio. Dice que la música domestica á las fieras; pues á ella no la ha domesticado. En cuanto una tropieza un poquito, la deja sin pasas. El otro día dejó á toda la clase sin motivo. Es decir, con el motivo de que se habían concluído las pasas y se les olvidó mandar por más, y á la hora del almuerzo no había postre. A Pepita Cortázar la sacan del colegio el mes que viene. Su mamá le ha traído un aya de Londres. Tiene una mamá muy buena y muy guapa. Cuando viene á verla viene en coche y muy elegante. Pepita dice que su mamá tiene cincuenta vestidos, uno todo bordado de oro, y que en su casa todo es de plata; pero las otras niñas

dicen que es una mentirosa, que su papá está cesante y que en su casa no comen más que sopa y cocido y de almuerzo los garbanzos que sobran del día antes, fritos con patatas. ¡Y á mí que me gustan tanto los garbanzos fritos! No sabía yo que era feo comerlos. En casa de Antoñita Castuero es donde dice Conchita Valle que comen muy bien y dan bailes. El otro día trajo un periódico que hablaba de uno y ponía los trajes de las señoras, y á Pepita, que nos dijo que su mamá había estado con un traje de terciopelo y un collar de brillantes, la dejamos por embustera, porque el periódico no decía nada de su mamá. Pepita, que es una antipática, nos dijo que su mamá no iba á esos bailes porque eran cursis, pero que iba á Palacio y al Ayuntamiento y bailaba con todos los ministros; y cuando iba á algún baile, la regalaban tantos dulces y jamón y pavo trufado, que tenían para comer tres días en su casa. "Entonces saldréis de los garbanzos", la dijo Isabelita Casares, y Pepita la pegó y la arañó y dijo en francés una cosa muy fea de la mamá de Isabelita, una cosa que traía el periódico y dice la buena madre que es pecado. A Conchita Vega la castigaron sin recreo, porque la encontró la madre Turón buscando en el Diccionario la palabra. ¡Pobre Conchita! Lo que ella dice: "¡Dichoso Diccionario; nunca que busco una palabra la encuentro, y me castigan encima!"

Mamáita; ya está cerca mi santo. ¿Vas á comprarme el vestido que me prometiste? Ya ves que estudio mucho, y si no fuera por la Historia, sería la

primera de la segunda sección después de Carmencita Menéndez, que es la más aplicada. Adiós, mamáita; hasta el domingo que viene. Muchos, muchos besos.

Cuando vengas á buscarme no vengas en el tranvía; ven en el coche, porque Pepita, para hacerme rabiar, dice que no tengo coche y que tú no vas á Palacio.

FIGULINAS